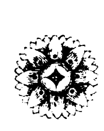
BIBLIOTECA DE "LA UNION ECUATORIANA"

Cuentecill—

CUENTECILLOS

— DE —

A. ARIAS SÁNCHEZ



VALPARAISO
Imp. GILLET, Coronel Urriola, 16

1900



CUENTECILLOS

A mi querido y respetado amigo el señor don M. J. Quintana

A. A. S.

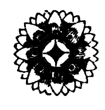


BIBLIOTECA DE "LA UNION ECUATORIANA"

CUENTECILLOS

— DE —

A. ARIAS SÁNCHEZ



VALPARAISO
Imp. GILLET, Coronel Urriola, 16

1900

ENRIQUE ORTEGA SAENZ
EDITOR.

Al Doctor

D. J. MANUEL MARROQUÍN

A. A. S.





¡SÓLO ELLA!

AQUEL hombre había gozado de todos los placeres. Su inmensa fortuna permitióle realizar todas sus ilusiones. No conoció jamás la necesidad, ni la lucha del trabajo. Creíase feliz.

Había recorrido las más cultas naciones del mundo, había estrechado la mano de las mujeres más hermosas. Amó, y fué correspondido con

creces su amor. Nunca conoció obstáculos: ¡brilla tanto el oro!

*

Pero la fortuna de aquel hombre disminuía rápidamente; y llegó ocasión en que todo el dinero del magnate se redujo á unas cuantas monedas.

Entonces recordó sus viejos amoríos... ¡Lo amaban tanto las mujeres más poderosas de su patria! ¿A cuál preferiría? ¿No le habían todas manifestado siempre el más hondo cariño?

*

Fuése á un renombrado adivino árabe, refirióle sus cuitas y terminó diciéndole:

—Decidme, pues, cuál de aquellas mujeres es la que más me ama; que á ella iré.

El anciano lo miró fijamente y respondióle entristecido:

—En toda la tierra y de todas las mujeres que conociste sólo tu madre te amó.





AURELIO

Y el niño fué corriendo hasta el lecho de la madre enferma, y tomándole con gran cariño una de las manos, ya exangües, la dijo:

—¿Sabes, mamacita, lo que ha dicho el doctor? Pues que estás muy mala y que te hagan confesar porque te vas á morir.

La madre lanzó un suspiro profundo, estrechó contra su corazón adolorido la rubia cabecita de aquel hermoso ángel que muy en breve quedaría huérfano, la besó varias veces, y preguntóle sollozando:

—¿Me olvidarás, Aurelito mío?

—Nunca, mamá, y he de rezar á la Vírgen por tí,—exclamó en su media lengua el tierno niño, alzando al cielo sus ojos azules,—mientras la joven y bella señora, terriblemente impresionada, imprimía en la blanca frente del hijo querido sus últimos besos de madre.

*

—¡Aurelito! ¡Aurelio!

—Allá voy, papacito,—respondió el niño, y tropezando aquí y allá en su veloz carrera, llegó hasta el General, quien lo tomó en sus brazos, alzóle los rubios cabellos que le tapaban el rostro casi por completo, y le preguntó:

—¿Qué hacías dentro, Aurelito?

—Fuí á avisarle á mamá que el médico decía que la hicieran confesar porque iba á morirse.

—Has hecho muy mal, mi hijito, al enfermo no se le

impone nunca de aquello. Y ¿qué te dijo tu mamá?

—Me preguntó si la olvidaría. Yo la ofrecí recordarla siempre y rezar á la Vírgen por ella.

*

El padre, silencioso, dejó al niño; y éste, en vez de ir á jugar con los lindos soldaditos de plomo que le había traído, se arrodilló ante una imágen de la madre del Cristo, juntó sus manecitas con gran recogimiento y empezó á rezar.

*

El General era todo un hombre. Jamás se le había visto llorar. Pero aquel día dos gruesas lágrimas rodaron por el curtido rostro del veterano.





LAS CORONAS

PIENSA, medita, hombre de la lira de oro,—dijo con su voz dulcísima el hada buena, la dispensadora de todas las felicidades.

—He pensado, he meditado mucho ya, señora. Quiero que sean mis cantos los más hermosos que de lira humana broten; deseo que halaguen mis oídos aplausos embriagadores; aspiro, sea como fuere, á

colmar un tanto la sed inextinguible que de suprema grandeza me devora. ¡Quiero gloria!

—Pues gloria tendrás, hombre de la lira de oro,—exclamó solemnemente el hada buena. Y con su varillita de mágica virtud tocó la blanca frente del ilustre poeta, predestinada desde entonces sólo para el laurel inmarcesible.

El hombre creyóse feliz.

*

Han pasado muchos años.

La lira de oro yace abandonada y rota en un rincón de miserable tugurio.

Un hombre viejo, cuyo pálido rostro patentiza el más profundo de los dolores, se ve junto á la lira.

Habla el viejo. Oigámosle:

—¡Maldita seas, hada buena; y que también el dón de gloria que me diste por siempre jamás maldito sea! ¡Malditos los laureles y los aplausos, que de la torpe envidia me rodearon, y que, ni colmaron mi ambición, ni me hicieron feliz!

*

El hada aparece de pronto.

—Hombre de la lira de oro, —dícele—ya estás viejo y nada

puedo concederte. La gloria es tormento y en ella nunca cupo felicidad alguna. Por eso la borré del libro de mis bienes; y en adelante será la gloria, como la envidia, el azote más cruel de los genios del mal.

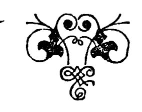
El poeta quedóse espantado.

—¡Mentira!-exclamó-¡Mentira!

Recordó sus días de triunfo, los años aparentemente sonrosados de su juventud de artista, y corrió en busca de sus coronas de gloria.

Pero en el sitio donde estaban las coronas sólo halló un poco de polvo ..

...¡Un poco de polvo de gloria, que desapareció todo al débil impulso de un melancólico suspiro!





DESPUÉS DEL TRIUNFO

Ya los ecos lejanos del cañón no suenan. El combate ha terminado. El campo presenta desolador espectáculo: acá un muerto, allá un herido que se queja amargamente... A lo lejos se divisa la gran comitiva del jefe vencedor. Las dianas atruenan, suenan las músicas, y las alegres notas son la oración fúnebre de los heridos, que

expiran dispersos en el campo, anegados en su propia sangre.

Una mujer se ve á gran distancia. Es la anciana madre que busca al hijo—que tal vez ya no existe. Es la tierna madre de un obscuro soldado.

Recorre el campo. Reconoce á los cadáveres, uno por uno... No halla el de su hijo... Sí, debe de estar vivo, allá entre los vencedores; gozando de las dianas del triunfo. Sí, debe de estar vivo: lo ha recomendado tánto á la Virgen; y es la Virgen tan buena!

*

...¡Es la Virgen tan buena! Pero, Dios mío,—exclama de pronto la anciana, — ¡qué veo!...¿Ése... ése no es mi hijo?

El herido reconoce á la madre y una melancólica sonrisa alumbra su agonía.

—¡Madre—dícela—un poquito de agua que me mata la sed!...

—¡Corro, corro, hijo mío—exclama la desvalida vieja—Y en efecto echa á correr, desafiando el peso de los años... ¿No era acaso la madre del herido?

Y la anciana se dirige á una pobre casucha que muy lejos se ve.

Y corre, y corre la viejecilla con la agilidad de una moza de 20 años...

Ha conseguido el agua. Ya regresa...

*

Pero no está el herido.

—¡Dios mío! ¿Qué es de mi hijo?—exclama la madre desesperada.

—Señor,—pregunta á un oficial que acierta á pasar,—¿ha sido trasladado el herido que estaba acá?

—Murió, señora, muy luego será incinerado.

La anciana duda aún—¡es la Virgen tan buena!—Se cree engañada, y con un jarro de fresca agua recorre el campo, que presenta un espectáculo desolador.





EL SOÑADOR

Era aún joven; pero su rostro, terriblemente pálido, revelaba vejez prematura, y sus ojos, de un azul clarísimo, denunciaban que aquel sér cruzaba por la tierra con un fardo de tristezas en el alma.

Conocíasele como á exquisito poeta; y sus dolores, sus nostalgias, sus ansias infinitas de suprema grandeza se reflejaban también en sus canciones.

Era el bardo de la melancolía y de los ensueños sonrosados. Un claro - obscuro psicológico indefinible. Mezclábanse á veces en su alma de incorregible soñador lo negro de la duda y las auroras de la fe.

*

Enfermo física y moralmente, pensó un día en no escribir más, porque la labor intelectual agotaba su existencia.

Representábale un pedacito de su mismo corazón cada verso que brotaba de su lira: ¡tánto se identificaba en él! Pero las ideas revoloteaban en su cerebro de poeta... Y pensaba, pensaba siempre. Y sin quererlo seguía la pluma siendo, como en tiempos mejores, su compañera predilecta. ¿Cómo hacer para no pensar?

*

Acudió el joven á un sabio médico que vivía muchos años há entregado por entero á la ciencia, sin más compañeros que sus libros, sin más amigos que sus propios recuerdos.

El sabio prestó la mayor atención al pobre enfermo y luego escribió unas frases.

—Toma—le dijo—este es el diagnóstico.

Y el noble bardo leyó: "El mal es incurable: creo que poetas como tú seguirán soñando aun más allá del sepulcro."





LOS CENTAVOS

A pesar de los muchos años transcurridos recuerdo aún la fisonomía de aquel hombre.

Era joven todavía; pero su aspecto, por demás avejentado, hacíale representar años que no había vivido.

El rostro tostado completamente, cubierto de arrugas profundas; los labios descoloridos como flor marchitada por

los rayos de un sol canicular; la cabeza cubierta en su mayor parte de blancos cabellos; trémulas las manos; manifestando, en fin, en todo su porte, un no sé qué indescifrable; un *algo* que concibo pero que en vano trataría de expresar en incoloras frases, así se cruzó cierta tarde por mi camino aquel infeliz. Y en la mano el viejísimo sombrero; fija en tierra la lánguida mirada; extendiéndome su diestra temblorosa, mugrienta, tosca, solicitóme caridad, implorando nombres venerables para mí.

—Señor,—díjome—por sus padres de usted una limosna para matar el hambre que me mata.

*

Aquella fué la vez primera que me oí llamar *señor*.

Yo era entonces un niño, aunque ya trabajaba para que, como al pordiosero, no me matara el hambre. Once años tenía por aquel tiempo.

Zumbaron en mis oídos las frases de aquel hombre:

—*Señor*, por sus padres de usted una limosna para matar el hambre que me mata.

Compartí con el prematuro anciano mi miseria y pude

pensar tal vez—¡aventurado juicio! — que aquel individuo de cara de *ecce homo*, hipócrita contumaz según las señas, me había arrebatado para invertirlos en alcohol unos cuantos centavos, conseguidos á costa del sacrificio de mi porvenir, como que troqué las bancas de la escuela por el pupitre del amanuense...

*

Mis centavos—pensaba yo, —mis centavos habidos con tanto trabajo; mis centavos sirviendo para fomentar los vicios de hombres sin conciencia, de villanos que explotan la caridad pública. Mis centavos, esos humildes cobres tan duramente ganados y que los ricos arrojan con desdén; mis centavos iban á aumentar la beodez de aquel pillastre, que llamaba *señor* á un niño y lo explotaba sacrílegamente, arrancándole unos centavos miserables, pero á los que la necesidad—la necesidad vergonzante que es la verdadera miseria, — daba valor inconcebible.

Muchos meses pasaron sin que volviese á mirar al hombre que me llamó *señor*.

Cierto día—el de difuntos, —fuí á visitar la tumba de mi padre y á depositar un modesto recuerdo sobre aquella losa tan querida.

De pronto, mientras me enjugaba una lágrima arrancada á lo íntimo del alma por el recuerdo del amado sér que se fué para siempre, escuché muy junto á mí, en secreto casi, una voz hueca, fatigada, que dijo débilmente:

—*Señor.*

*

Miré... Era el pordiosero—ó borracho; el infeliz enfermo —ó especulador, á quien yo había ofrendado, meses antes, unos miserables centavos arrancados á mi miseria.

Creí que iba á pedirme caridad; pero no acerté.

— *Señor,* — díjome — se descubrió respetuosamente y pasó.

El recuerdo de mis centavos y de mis dudas, ya casi amortiguado en el cerebro, volvió á rebullir.

¡Cuánto, pero cuánto había envejecido aquel hombre desde que le dí mis centavos! Estaba en plena senectud.

Fijé en él investigadora mirada—olvidando quizá por

un instante el punzante dolor que laceraba mi alma

*

Y lo ví subir, subir hasta el tercer cuerpo del cementerio, el más pobre, el más desconsolador, el más sombrío, el más inclemente; en el que no hay cipreses ni naranjos que den sombra á las tumbas, ni mausoleos de mármol, ni elegantes cruces de madera, ni nichos de ladrillo, ni coronas, ni hermosos ramos de flores, de los que tapizar suelen los sepulcros de los poderosos.

Caminó, caminó mucho el pordiosero.

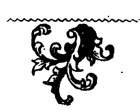
Un sol reverberante—nuestro soberbio sol del trópico,—cubríale las espaldas reflejándose en su *chaquet* viejísimo y lustroso. De improviso aquel hombre cayó de rodillas. Ante él distinguíase apenas una cruz sin pintar y sin más inscripción que el número. Allí permaneció por largo rato, inmóvil, como petrificado, insensible á los enervantes rayos de aquel sol.

—Es indudable—exclamé, —ese hombre es un infeliz.

*

Un viejo que se ganaba la vida abriendo fosas, me dijo que el pordiosero se llamaba Tomás; que lo tenían por loco; y que no pasaba día sin que visitara aquella crucecita sin más inscripción que el número.

¿A quién representaba aquel número? — No pude saberlo nunca.





EN EL MAR

El buque se hundía.

La esperanza de salvación no anidaba ya en ninguno de los corazones de aquellos desgraciados.

La confusión era inenarrable.

Sólo cuatro pequeños botes tenía la nave que naufragaba, y éstos se llenaron inmediatamente de personas.

Un puesto en los botes en aquel momento supremo equivalía á poseer todos los tesoros de la tierra.

—Ni una persona más—gritó enérgicamente el capitán.—¡Desatracad que el buque se hunde!

*

Y una madre exclamó fuera de sí:

—¡Capitán, mi hijo! ¡Védle allí! ¡Se queda!

—Señora, no es posible...

¡Capitán, soy vuestra... ¡Mi hijo!...

—Sois muy bella, señora; pero...

—¡Capitán!

—No hay asiento—¡imposible!

—¿No hay asiento?—dijo la madre desesperada—He aquí el mío... ¡Salvad á mi hijo!...

Y la amante madre se arrojó al mar.

*

—Sesenta y cinco años han transcurrido de esta escena—decía casi llorando el viejecito que esto me refirió;—era yo entonces muy joven y servía de contramaestre en el *Daiser*; pero á pesar del tiempo que ha pasado, en mi imaginación patente tengo este hecho; y en mis oídos distingo aún perfectamente las frases de aquella madre desgraciada: "¡Salvad á mi hijo!"





LA EDAD DEL MUNDO

LA nueva de que el mundo iba á acabarse alarmó seriamente á los genios benéficos, que pueblan las entrañas de los grandes montes y el espacio.

Dion, el más poderoso de todos, dijo á sus compañeros:

—Vamos hasta el Creador; prosternados ante él le roga remos que nos haga conocer su voluntad. Así cada uno de

nosotros hará cuanto posible sea en bien de los mortales.

*

El proyecto de Dion fué acogido.

Y los genios pusiéronse en marcha, camino del cielo.

El Talento fué designado para llevar la palabra ante el Todopoderoso.

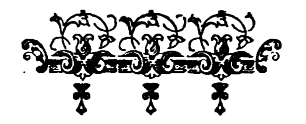
*

—Oíd, genios amigos del hombre—exclamó el Señor con su voz omnipotente que hizo retemblar la comba altura. Oíd, genios, mi obra más grande no será destruída aún... En el reloj de lo infinito apenas ha vivido el mundo unos cuantos minutos.

Este cuentecillo se publicó como *popular*. Es, como todos los que aparecen en este tomito, completamente original de

A. A. S.





ENSUEÑOS

He vencido!—exclamó el hombre lleno de júbilo, al mirar la rapidez con que de la pequeña máquina salían los papeles impresos. Y en sus ensueños de gloria, Gutenberg se consideraba admirado y bendecido por las generaciones del porvenir.

Pero por la noche sufrió el ilustre inventor una horrible pesadilla.

Pensando siempre, siempre en la gloriosa máquina, observó que salían de ella papeles de diferentes colores.

Salió primero uno blanco que poco á poco fué tomando forma humana.

—Soy la Justicia—exclamó —Aplaudo el mérito y ensalzo la virtud.

Luego salió uno azul; convirtióse en mujer bellísima que dijo:

—Soy la poesía, el encanto y consuelo de los temperamentos sensibles y de las inteligencias superiores. Mitigo con las dulces notas de mi laúd las nostalgias de la humanidad.

De pronto arrojó la prensa un papel negro, muy negro, que también tomó humana forma: un hombre alto, flaco, de hundidos y amarillentos ojos, soberanamente repulsivo

—Soy— dijo con su voz que infestaba,—el periodismo banderizo, á quien has dado hoy vida con tu invento. He nacido viejo porque no respetaré la virtud, ni el mérito del adversario. Viviré de la calumnia. Tu máquina me servirá para arrancar girones de honra y pedazos de alma!...





RECUERDOS DE UN CUENTISTA

Renato Sulacroix era excelente muchacho, tan buen poeta como prosista. Se había metido en el cerebro todos los pensamientos de Paul Verlaine y Charles Baudelaire; como Luis Berisso, el escritor argentino, admiraba fervorosamente al *pontífice* Darío; los relatos cortos de Alfonso Daudet, Balzac y Guy de Maupassant habíanle seducido; las miniaturas literarias de Gautier, Copée y Catulle Mendés causábanle frenético entusiasmo así como sombría tristeza las doloridas canciones de Leopardi y el negro pesimismo de Max Nordau. Después de

haber estudiado durante algunos meses la *Retórica y Poetica* de Coll y Vehí, los *Elementos de Teoría Literaria* de Calixto Oyuela y la *Literatura Preceptiva* de René Moreno, hízose cuentista y su primer ensayo intitulóse *Luz de Sol.*

*

El cuentecillo, escrito con sencillez y gracia incomparables, gustó al público. Después de *Luz de Sol,* vinieron otros y otros, despues algunas poesías, y comenzó á llamar la atención la galana pluma del joven principiante. Renato apenas contaba veinte años de edad, esto es, comenzaba á vivir. Huérfano de padre desde muy niño, con una madre enferma, mi amigo se vió precisado á trabajar para atender a las necesidades de su casa; pero ¿en qué iba á trabajar Sulacroix? De números entendía bien poco; de empleado para mostrador no servía...

Y las exigencias de la vida imponíanse en el humilde hogar del joven literato.

*

Un día, desesperado ya por la miseria, fué al director del

periódico en que solía colaborar de cuando en cuando. Hízole presente su necesidad el estado delicadísimo de salud en que se encontraba su buena madre, lo horrible de su situación; y terminó ofreciéndose, ya que no había vacante en el personal de redacción, para escribir todos los días un cuento original, exigiendo por este trabajo pequeña remuneración Desde aquel día un cuento diario, escrito expresamente para *La Palabra*, fué el miserable sueldo de mi amigo.

Los cuentos no son malos, pensó el director después de algunos días, pero la verdad es que bien puede ahorrarse ese gastillo porque como el periódico es político...

*

—¡Hijo, hijo mío! exclamaba la señora desde el lecho, delirando presa de horrible fiebre —me muero por falta de remedios, por falta de alimentos. Hijo, hijo mío, ofrece tus servicios á todos los periódicos de la ciudad y escribe muchos cuentos! Me muero por falta de remedios, por falta absoluta de alimentos y cuidados, por falta de recursos!... ¡Escribe muchos cuentos, hijo mío!...

En su sano juicio, nunca habría pronunciado la señora semejantes palabras, porque sufría resignada todos los trabajos, todas las miserias de la vida. Renato en aquellos momentos hubiese ofrecido gustoso su propia existencia con tal de obtener algunos pesos... de esos pesos miserables, que los ricos derrochan por miles en inmundas orgías.

Tembloroso el pulso, palpitante el corazón, ardiente el cerebro, sentóse á su humilde mesilla de trabajo, llenó varias cuartillas, enrollólas nerviosamente y salió.

Iba á la imprenta.

*

Amigo,—díjole el director así que lo vió,—los accionistas del periódico consideran que es inútil el gasto de sus cuentos. Conque...

Lívido quedó Renato al oír esto. En palabras de fuego manifestóle entonces la apremiante situación en que se encontraba, la enfermedad que agobiaba á la madre y todo lo demás. Luego añadió: ¡Es suma tan miserable la que se me da!

—Sin embargo, ya ve usted que los accionistas...

—Señor, hágalo usted por las cenizas de sus padres, mi madre se muere y necesito dinero:

—Pero, como no se publican sus cuentos...

—¡Por Dios, señor director, algo por hoy!... ¡Mi madre me espera!

Entonces aquel hombre arrojó cinco pesetas sobre la mesa y rechazó colérico los originales de Sulacroix.

Renato voló á casa del médico del barrio.

Cuando llegó acompañado del facultativo, á su miserable hogar, la madre, que había quedado completamente sola tendida sobre el pobre jergón que le servía de cama, luchaba aún con las ansias de la muerte:

—¡Hijo, hijo mío, me muero por falta de remedios y asistencia! ¡Hijo, hijo mío, sucumbo de necesidad! ¡Ofrece tus servicios á todos los periódicos y escribe muchos cuentos, hijo mío!

La asistencia del facultativo llegó tarde. La madre murió antes de que el doctor hubiese recetado.

*

Renato Sulacroix está hoy en una casa de insanos, allá

en su patria, donde se ostentan las flores más hermosas y se producen los frutos más exquisitos de la tierra.

Aún escribe. Leed:

"Salve, escritores valientes, que sabéis maldecir é increpar... ¡Salve! vosotros sois los triunfadores, porque sabéis blasfemar; porque os seduce el sublime pesimismo de Max Nordau y Ramón Verea; porque sois los discípulos de Schopenhauer y para vosotros tienen bellezas infinitas las flores del mal de Charles Baudelaire. Maldecís como Leopardi, el poeta de los grandes infortunios: misántropos abatidos, pero soberbios aun en la desgracia, como Luis van Beethowen, el músico inmortal... Vosotros ¡oh ilustres escritores! lleváis sobre la erguida frente el sello de la insurreccion y de la gloria!

"Yo admiro, yo amo á los que, como vosotros, se elevan hasta el Dios de las alturas para echarle en cara los defectos de su obra..."





LOS HUMOS DE LA CHICHA

Era allá, en los venturosos tiempos de la infancia, cuando tenía padres, hermanos y juguetes muy lindos; cuando mi padre me besaba y me hacía caricias; cuando...

—Mira Juancho, *hemanito*, á ver si nos despachamos ¿oyes? —exclamó el *roto* más viejo de los del corro, presentando á su compañero el enorme

potrillo de riquísima y bien fermentada chicha. Bebe pronto y déjate de recuerdos.

Juancho alzó el vaso, lo apuró muy gallardamente, inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y recostóse, como un tonto, con la imbecilidad que causa el licor, sobre la mugrienta mesa. Después de un rato, murmuró:

—¡Sí! Era entonces...Los hombres ebrios me inspiraban terror y el jugo de la uva se me figuraba veneno, y odiaba las viñas, y me causaba asco la cerveza, y... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! — Qué bruto es uno de pequeño!... Eh, *niño*, otro *potrillo*, que la chicha es el alimento de los hombres fuertes. Otro *potrillo*, *niño*, ¿oíste?

*

Y mientras le servían:

—Mi madre, esa cariñosa vieja que tanto me quiso — ¡pobrecilla!—solía decirme que el hombre de bien no debe tomar jamás... ¡Valiente candidez! Sin el jugo de la uva no hay fuerzas; la sangre de la viña es la vida del trabajador.

—Juancho, Juancho del demonio, ¡que derramas la chicha! — y el viejo *roto* tomó por

el aire la botella. ¡Era tan diestro!

—Ahora soy un borracho—prosiguió tranquilamente Juan, — un pobre diablo á quien nadie mira sino con repugnancia y compasión. Sin madre y sin amores, sin fortuna y sin honor...

—Y sin ganas de echarte dentro del cuerpo este *potrillo* ya nos estás cargando. ¿Entiendes?—dijo uno de los del grupo.

*

—¡Salud! Ea, *niños*, salud!

Y ocho vasos enormes fueron alzados y topados unos con otros.

—¡Por Chile!

—¡Por mi novia!

—¡Por mi guasa!

—¡Por los hijos que no tienen padres!—exclamó Juancho. el beodo consuetudinario.

Y se alzó el *potrillo.*

*

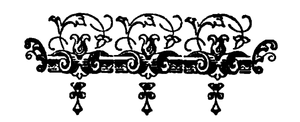
Días después, la conversación obligada de los concurrentes al *Bar del Pueblo*, era el original suicidio de Juancho, aquel buen muchacho consumidor del mosto, que en Concón había luchado heroicamente.

Desde la parte más alta de la torre de la Catedral habíase arrojado, en pleno día, mientras los sacristanes se ocupaban en barrer la iglesia...

Juancho tenía arranques de verdadero loco.

Y luego los *potrillos*... Los humos de la chicha le inspiraron aquel brindis tan tierno y aquella resolución desatentada.





EL SUEÑO DE LA GLORIA

En su humilde rincón, donde la claridad era escasa y apenas entraba un tanto de aire no de lo más puro, allí vivía el joven poeta con sus grandes ilusiones y sus grandes esperanzas.

Allí en su cuartito de bohemio escribía rondeles para una mujer ideal; cantaba lo albo, lo bello, lo bueno, en fin, todo lo que es capaz de ser cantado y admirado.

¡Pobre humilde obrero del pensamiento! Sus cantos se perdían entre el bullicio del mundo, bien así como se pierde—¡tan presto!—el eco de un suspiro.

*

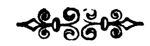
Y nuestro bohemio gastaba sus centavos en papel y plumas, y gastaba el fósforo de su cerebro, y aniquilaba más y más sus debilitadas fuerzas, porque sentía con sus versos y lloraba las penas de los personajes de sus cuentos... Todo ¿para qué?

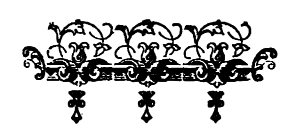
Así también pensábalo él á veces; pero luego—temperamento de artista—la esperanza de la gloria reanimaba sus desfallecientes energías. Y trabajaba sin descanso. Y escribía con más ahinco. Y las cuartillas de papel llenábanse con más rapidez que nunca.

*

El pobre bohemio ha encanecido completamente. Es un viejo joven: el sueño de la gloria tornó blancos sus cabellos.

Decidme ahora: ¿las canas no forman aureola en esa cabeza de soñador?





EL TESORO

Reducíase á un elegante y pequeño cofrecillo que la buena vieja cuidaba extremadamente, así como cuidaba á su único y desgraciado hijo.

Todas las mañanas, al dejar el misérrimo lecho y quizá antes de haber elevado sus preces al Señor, la anciana apoderábase del cofrecillo, lo abría, miraba satisfecha, y

parecía como que en sus ojos ya turbios por los años, brillaba una lágrima: la lágrima de placer del avaro, cuyas esperanzas é ilusiones, cuya vida misma reducida está á la contemplación de su tesoro.

*

Porque fama de avara tenía la buena vieja. Aparecía paupérrima ante el mundo, y todo el pueblo decía que un tesoro guardaba el cofrecillo.

El mismo hijo, en sus noches de orgía, prometíase grandes cosas para lo futuro, como que tendría que heredar el tesoro de la "vieja avara."

Sí; el tesoro debía ser cuantioso: joyas de gran valor indudablemente. Por eso en los ojos ya turbios de la anciana una lágrima brillaba al contemplarlo.

*

Cierta mañana, cuando el hijo, como de costumbre, volvía ebrio al humilde hogar, sólo encontró el cadáver de la viejecilla, y al lado del cadáver el cofre.

—¡Por fin!—exclamó aquel hombre, y apoderóse delirante del tesoro, sin depositar ni

un solo beso en la pálida frente de la madre muerta.

Nervioso, excitado por la curiosidad y el alcohol, abrió el joven el codiciado cofre.

Pero en él sólo encontró unas hebras que brillaban como el oro, y una ajada cartulina que decía:

"Este es el tesoro: los primeros cabellos de mi hijo querido."



contestó graciosamente la promotora de la idea, y recomendándolas silencio comenzó:

*

—Cierta vez soñé que me había casado; que mi esposo era muy gallardo, muy rico, y que me amaba mucho. Que pasaba vida regalada y era feliz en todo el vigor de la frase; que dos lindos niños rubios y hermosos como una ilusión, alegraban mi bendecido hogar... Como véis, mi sueño es albo y azul, todo espuma y esperanzas...

—También yo— exclamó Ana Rosa—he soñado cosas muy azules. Cierta vez soñé que un poderoso príncipe había solicitado mi mano, despreciando á una noble y bella dama de la corte; que fuí reina y que todos mis súbditos me respetaban y querían. Cuando desperté y me ví en mi cama, os aseguro, amigas mías, que tuve un instante de suprema cólera. Jamás había soñado antes. Mi primer sueño fué espléndido; pero el despertar de aquella mañana fué y será tal vez el más amargo de mis años... El lindo príncipe, mi férvido esposo; la diamantina

corona de reina que ceñía mis sienes; los súbditos que me obedecían y respetaban; mi trono de divinal señora, adornado con sinnúmero de ópalos, perlas y brillantes de valor incalculable; mi regio séquito de damas de honor, preciosas mujeres que se postraban ante mí; el palacio de soberana en el cual vivía rodeada de placeres... ¡todo ficticio!... ¡Todo ilusión, fantasía, pura obra de mi cerebro!—¿Verdad, queridas mías, que muy amargo fué mi despertar?

—Pero nadie ha soñado lo que yo—dijo la linda Dolores. He soñado que varios reyes se disputaban mi mano; y que desdeñosa y molesta, despreciaba á todos, colérica. Que un día todos mis pretendientes, que eran seis ó siete, vinieron á mí y suplicáronme que declarara á cuál de ellos prefería. Dad una gran batalla—les contesté—y el vencedor será mi esposo: amo al hombre valiente, al que sabe combatir, al que tiene un alma grande y noble... Amo tanto al hombre valeroso cuanto detesto al que rehusa un lance de honor. El chocar de las armaduras me encanta, el fragor de los combates me entusiasma, las campañas hácenme

gozar. ¡Soy guerrera y desearía un Marte por esposo! Los reyes mirábanme absortos, embelesados, llenos de estupor, admiración y respeto. La horrífica batalla fué dada, y hubo centenares de muertos, y todos los reyes, en el afán de ser el vencedor cada uno de ellos, sucumbieron también en la demanda. Mi mano, pues, quedaba libre. Bien poco me importó la muerte de los reyes, á quienes yo no amaba. Años después—¡caprichos de mujer!—me uní á un joven y exquisito poeta que me robó el alma con sus cantos. Y disfruté luengos años de dicha, después de haber despreciado á siete soberanos.

Todo el alegre grupo femenil rió del estrambótico sueño de *Doloritas.*

*

Cuatro ó cinco chiquillas más refirieron igualmente, á su turno, sus sueños. Todos ellos fueron sobre matrimonios, porque la mujer soltera sólo piensa en *su porvenir.*

La conversación estaba casi terminada, cuando acertó á pasar cerca del encantador grupo de bellísimas soñadoras Susana, la muchachita